



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ESTÉTICAS  
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	006: DIFUSIÓN
CAJA	015
EXP.	015
DOC	0001
FOJAS	8
FECHA (S)	1989



Pocas veces he tenido la fortuna de leer y de comentar libros como los que ahora nos entrega Julieta Campos: por una parte despertaron en mi memoria el recuerdo de un mito cosmogónico primordial, por otra, me deleitaron por la perfecta claridad de su lenguaje. De este modo, como en toda obra de arte consumada, forma y significado se cumplen en perfecta unión, a la manera como lo hacían los antiguos, en sus trabajos que hoy llamamos "arte". El significado se guarda en las imágenes, la forma son los medios con que esas se construyen, y los textos que las acompañan, cuando alcanzada la plenitud cultural, completan formas y significados, y colaboran en su comprensión.

Ciertamente, no es tarea fácil aproximarse a lo que las obras de arte prehispánico comunican debido a la carencia de textos contemporáneos que las esclarezcan; por ello, para obtener, muchas veces una lectura parcial, alteramos los pasos que la iconología ortodoxa de Panofsky recomienda, y recurrimos no sólo a la estructura visual de la obra de arte, sino a otros medios que puedan completar su más cercana aprehensión. Así, el entorno natural, la traza urbana y la arquitectura, la tradición oral y las costumbres que sobreviven, y las fuentes etnohistóricas, contribuyen en la explicación de contenidos que se perciben, en ocasiones, profundamente herméticos. Digo esto, porque Julieta Campos utiliza una suerte de iconología personal, para hacer inteligible un universo que fue y, que, en cierta



medida, permanece.

Comprendo que los dos libros: Bajo el signo de Ix Bolon y El lujo del Sol, tienen un sentido de continuidad, que son, hasta cierto punto, inseparables, pero por razones obvias, me he permitido centrar mis comentarios en el primero. En él trata la autora, materias que han sido para mí motivo de inquietudes radicales y de búsquedas incesantes en mis afanes y mis días: historiar el arte de los antiguos moradores de lo que hoy llamamos Mesoamérica. En un principio, hace años, me ocupé del refinado arte de los mayas de Palenque, creado, según parece, por los choles, hermanos de sangre de los chontales de Comalcalco; más tarde me cautivó, y aún vive la pasión, la prodigiosa escultura de los olmecas, a ella he dedicado mis mejores esfuerzos por comprenderla. He aquí las razones obvias; es en el arte de esos dos pueblos originales: olmecas y mayas, en donde Julieta Campos se apoya para descifrar el profundo sentido de comunión que a los antiguos unificaba y, de este modo, alumbrar lo que ocurrió y lo que perdura.

De olmecas y de mayas da cuenta seleccionando lo que, creo yo, le atrae mayormente. Así relata, como en esas tierras hendidas bajo el peso de las aguas, que determinaron para siempre el destino de quiénes las habitaron, surgió la prístina cultura olmeca, luz primera de Mesoamérica. En esas tierras fundaron La Venta en Tabasco, San Lorenzo y Tres Zapotes en Veracruz, ciudades concebidas y realizadas de acuerdo con el esquema rector de la sagrada geometría cósmica.



En las imágenes escultóricas de tales ciudades dejaron testimonio, como advierte la autora de "las acechanzas de la muerte y la esperanza de que la vida volviera a renacer." Y en cuenta en dichas imágenes, como en las del altar 4, y en las del monumento 19 de La Venta, símbolos que revelan la comunicación entre lo humano y lo sobrenatural, y mira, asimismo, las formas plásticas que muestran rituales, y las que figuran el cielo y la tierra unificados, y el propio cielo estrellado tal y como se percibe en las manchas del jaguar.

De entre las reflexiones que hace Julieta Campos al mirar las imágenes escultóricas, llamó mi atención su comentario acerca de lo figurado en el altar 4. En este gran bloque prismático, se representó en su vista frontal una figura humana que emerge del fondo de una cueva, con ambas manos toma sendas cuerdas que se extienden y alcanzan personajes en las vistas laterales. Dice Julieta Campos: "...habría que interpretar, me parece, el cordón que extrae del interior de la cueva... un intermediario ritual, en el ejercicio de su función más trascendente: la de comunicar a los humanos con la sagrada energía del cosmos." Evoqué, de inmediato, un mito maya que me había impresionado notablemente, y que guarda íntima relación con lo que la autora interpreta: es el mito de Kusansum, recogido en 1907 por Alfred Tozzer y relatado, de nuevo, en 1982, por Arthur Miller en su estudio sobre las pinturas de Tancah y de Tulum en la costa caribe de Yucatán. (Arthur G. Miller, On the edge of the Sea. Mural Painting at Tancah-Tulum, Quintana Roo, México,



Dumbarton Oaks, Washington, D.C. 1982) Ocurre en el primer período de la creación del mundo y dice así: "...había un camino suspendido en el cielo, se tendía de Tulum a Cobá y de Chichén Itzá a Uxmal. Se llamaba a este sendero kusansum o sabke (que quiere decir camino blanco). Su naturaleza era la de una cuerda larga (sum en maya), que supuestamente estaba viva, (kusan en maya) y de su parte media emanaba sangre. Por esta cuerda se enviaba alimento a los antiguos gobernantes que moraban en las estructuras, ahora en ruinas. Por alguna razón la cuerda se rompió, la sangre fluyó hasta agotarse, y la cuerda desapareció para siempre." Como todo mito, tiene un aspecto vinculado con la realidad visible y material: el sacbé, nombre usado para designar los blancos caminos de piedra caliza que unían las ciudades mayas de la región norte; y otro aspecto inscrito en el mundo de la fantasía, los sueños y lo sobrenatural: el sendero en el cielo que algunas vez comunicó el mundo de los dioses con los habitantes de la tierra; al igual que enorme cordón umbilical que se cortó, en definitiva, como el recién nacido se desprende de su madre. Si se hurgara en el mito de Kusansum se encontrarían otros aspectos que Julieta Campos aborda en su texto: el de los sacrificios de sangre acostumbrado entre gobernantes mayas y sus familias para conservar el cíclico orden de regeneración cósmica, así figurados en dinteles y estelas de Yaxchilán, en tableros y estucos de Palenque, en muchísimos monumentos de tantas ciudades mayas, y en los códices de París y de Dresden.



Los olmecas, ni aldeanos, ni arqueológicos para mí, sino aquellos, los primeros, los que crearon la civilización en Mesoamérica, los de la "cultura madre" de Miguel Covarrubias, abandonaron sus ciudades, o las cedieron a pueblos extraños y fueron desapareciendo por causas aún incomprensibles, y hubieron de pasar de cinco a siete centurias para que los mayas llegaran a establecerse en esas mismas tierras. "El esfuerzo de construir una civilización y de abrir ámbitos humanizados donde lo natural parecía omnipotente, volvió a darse siglos después del oscurecimiento de la cultura madre: los mayas florecieron en El Tiradero, El Arenal, Reforma y Santa Elena, en El Tortuguero, en Pomoná, en Jonuta, en Comalcalco", dice la autora.

Comalcalco es el sitio al que dedica mayor atención: la diversidad de imágenes relevadas, incisas o pintadas en los ladrillos que construían las pirámides, la asombran y la intrigan, por ello dice: "En su inmensa variedad -son más de cuatro mil los que han sido encontrados- asoma un inmenso inventario involuntario, en versión popular del mundo chontal. Parecería la huella de muchísimos gestos lúdicos que habrían dejado en el barro recién cocido el testimonio de una necesidad de expresión gratuita, gastada en el puro deleite del trazo." En efecto, no hay en el universo maya, ni en el resto de Mesoamérica, nada que iguale la riqueza iconográfica de los ladrillos de Comalcalco, en los cuales se advierte también, la diversidad de maneras de ver formas de la naturaleza o construídas por el hombre, y cómo las distintas percepciones encuentran adecuadas soluciones



plásticas. Si uno atendiera a esa sola riqueza de expresiones, maravillaría la infinita variedad, dentro de la unidad elemental, de imágenes creadas por el artesano precolombino.

En este breve, pero sustancioso recorrido, por la historia prehispánica de Tabasco, Julieta Campos narra la presencia de los hombres venidos del altiplano mexicano, quienes después de incursionar por Tabasco y por Campeche, imprimen, al llegar a Yucatán, nuevo impulso a la cultura maya-mexicana. Nos habla, asimismo, del cacao que cultivaban los chontales, fuente principal de riqueza, y también recuerda de la importancia de los puertos de Potonchán y de Xicalango, de todos sabido, que eran al mismo tiempo sitios fundamentales para el comercio, y señalamientos en la ruta costera que alcanzaba, ya en el Caribe, el santuario de la diosa Ix Chel en Cozumel.

Ahora bien, cuando la autora informa, reflexiona, analiza, especula, acerca de La Luna, la mujer, la fertilidad, las deidades Ix Chel e Ix Bolon, y define a éstas como entidades más allá de la dimensión conocida, el texto llega a su punto cimer y medular. Y es cuando plantea la cuestión fundamental: "¿Qué se conserva de la grandeza del pasado en esta tierra que germinó cabezas monumentales entre milpas y pirámides de ladrillo cocido entre plantaciones de cacao?" Su respuesta se afinca en la perduración de un mito, es el hilo de continuidad en el relato, el que da sentido a la existencia de los herederos de la cultura ancestral.

La Luna, vinculada por siempre a la mujer, en su poten-



cia de creación, de renovación, de fertilidad. Su naturaleza cíclica es sobrenatural y eterna, en ella reside el poder de la resurrección. Estos son los dones de las diosas, de Ix Chel, de Ix Bolon; ambas asociadas con la mujer joven y con la anciana; se las mira tanto en las antiquísimas terractos olmecas, como en las menos remotas figuras mayas en dinteles de Yaxchilán, en lápidas de Palenque, en el código de Dresden; su presencia sobreviva en las representaciones contemporáneas, hechas por artífices chontales, de la Virgen María que se yergue sobre una media luna.

Ix Bolon, la Luna, la diosa madre, la mujer, es el mito que da unidad a los recurrentes tiempos de los olmecas, de los mayas, de los chontales de hoy día. Julieta Campos recupera en este libro el significado del mito cosmogónico que permanece.

Los mitos son metafóricos del potencial espiritual en el ser humano; son los poderes que animan nuestra vida y la vida del universo. Hay mitos que tratan de sociedades particulares y tienen que ver con sus dioses o patrones específicos; hay también otras mitologías que relacionan al hombre con su entorno y con el mundo de la naturaleza; y hay, desde luego, otras más, que interaccionan las dos antes mencionadas. Mitologías orientadas hacia la naturaleza son las de pueblos campesinos, cuya vida cotidiana gira en torno a la agricultura. En estas, queda inscrito el mito formidable que estructura, resurgiéndolo el texto de Julieta Campos. Tiene que ver con la tierra y con el agua. La mujer da nacimiento al ser humano del mismo modo



que en la tierra germinan plantas. Mujer, tierra y agua, nutren sus productos, los animan, La magia femenina y la magia terrestre es la misma. En el antiguo mundo agrícola de distintas partes, que se estableció en los grandes valles de los ríos: el Nilo, el Tigris-Eufrates, el Indo y más tarde el Ganges, las diosas son las formas míticas dominantes. El mito de Ix Bolon que nos regala Julieta Campos comparte su esencia con los de la antigüedad de Oriente y de Occidente, pero se distancia en lo que tiene de original el universo mesoamericano; su ropaje plástico y lingüístico es particular, es lo que la autora descubre y de ello da cuenta de manera ejemplar.

Thomas Mann, en el primer volumen de su tetralogía mitológica: José y Sus Hermanos, acuñó el término "Gramática Lunar", para capturar el de este orden de pensamiento y de comunicación. "Luz de día, escribió, es una cosa, Luz de Luna es otra. Las cosas toman distinta apariencia bajo la luna que bajo el sol. Bien pudiera ser que el Espíritu de la Luz de Luna, concediera la verdadera iluminación." (Thomas Mann, Joseph und seine Brüder, Berlin: S. Fischer Verlag, 1933-1943, I, 79. Citado por Joseph Campbell en The Mythic Image, Bollingen Series C, Princeton University 1974, Princeton, N. J.)

Beatriz de la Fuente

a 24 de abril de 1989.